

creyera en profecías, merecería una albarda. Porque no vale decir que si hay profetas falsos, también los hay verdaderos. ¿En qué se los conoce? ¿Tienen alguna ruedecilla debajo de la lengua como los saludadores? ¿Es condición precisa que tengan un lunar peludo en el sitio preciso en que fué herida de navaja D.<sup>a</sup> Luciana Borcino en la calle del Barquillo? Porque, digo yo, que si para conocer si un profeta es falso ó verdadero, se ha de esperar al cumplimiento de la profecía, son estas la cosa más vana, ridícula y estúpida del mundo, y que no ha habido ni habrá en el mundo más que un profeta cuerdo, y es aquel aragonés que decía muy fresco. ¡Cacho! ¡Que siempre por el Pilar ha de hacer un tiempo ú otro!

En el galimatías cronológico de este libro profético hallo, que después de profetizar de los pastores, Jeremías profetiza de unos canastillos de higos que le enseñó Jehová, cuando ya los hebreos habían sido transportados á Jerusalem.

Esto de los higos es una de las mayores ridiculeces imaginables.

«Mostróme el Señor—dice el profeta—y he »aquí dos canastillos llenos de higos, puestos »delante del templo... el uno tenía higos muy »buenos... y el otro higos muy malos. Y dijo el »Señor: ¿Qué ves tú, Jeremías?—Higos, higos »buenos, muy buenos, y malos muy malos.»

Dirá el lector ¿á qué viene esto de los higos? ¿A qué? Pues á servir de término de una pobrísima comparación al Padre Eterno, que dice, que así como hay higos buenos, muy buenos, é higos malos, muy malos, hay judíos que serán conservados en la casa paterna y judíos rematados, que morirán en el destierro.

Peró, señor, ¿que de estas tontadas me esté yo ocupando, precisamente cuando la justicia histórica de mi país, conclusas las pruebas testimonial y documental del proceso por el asesinato,

robo é incendio de doña Luciana Borcino, se dispone á oír los informes de los abogados de Varela y Millán Astray, que pedirán y obtendrán que estos caballeros se vayan de paseo, el uno para volverse á encargar de la dirección de la cárcel, y el otro para volverle á decir al primer cristiano que le reclame unas copas, que él paga esas cuentas en navajazos tras la pared de un cementerio? ¿No es soberanamente tonto? —Si ¡vive Dios!—Dejaré, pues, á los prevaricadores antiguos que ardan en los infiernos, para ocuparme de que los modernos no nos metan gato por liebre.

Que aquí, al que no anda listo, le pega cualquiera una puñalada que le parte los riñones, y después... el muerto al hoyo, y el asesino que le pesque un galgo, pues lo que es la policía ni ha pescado al asesino de García Vao, ni al de los niños del canal, ni al del mutilado de Opañel, y si ha dado con los de doña Luciana, le ha salido á última hora la cuenta quebrada por el sexo, pues en vez de machos habrá de agarrotar la justicia hembras en caso de que, al fin y á la postre, no pague los vidrios rotos el Chato, perro célebre, á quien no me explico por qué no se le ha ocurrido á la Higinia echar la culpa de todo.

¡Quizá todavía no sea tarde!

## CLVI

Ahora me toca hablar de las profecías que profetizó Jeremías en tiempos del rey Joaquín; pero dejando para más adelante estos infundios, quiero consignar desde luego, que en aquella parte que me toca, rechazo sobre la cabeza de poco pelo y de menos seso de ese masón perturbador, demócrata de mentirijillas, republicano de ocasión, realista de conveniencia, abogado de Varela; de ese, digo, todo viento cuando habla, todo bilis cuando escupe, todo palabras cuando

riñe, todo vacuidad cuando discurre, á quien llaman

#### IGNACIO ROJO ARIAS,

exgobernador averiado y senador alfonsino después de cortesano de D. Amadeo; rechazo, repito, sobre la supredicha pelada cabeza, todas y cada una de las palabras que dijo, insultando á á la acción popular, en el juicio oral, sesión del martes 21. Yo, el último de los padres de esa hermosa criatura de la acción popular; me considero en honor, dignidad, vergüenza y si no fuese por modestia diría que en talento respecto de Rojo Arias, en situación tal, que así me alcanzan los escupitajos de sus impotentes cóleras, como alcanzan al cielo los ruegos de los católicos que piden la restauración del poder temporal del Romano Pontífice. Cuanto éstos más *congresean*, más se afirma y consolida la Unidad italiana; cuanto más Rojo vocifera, procurando denostar á la prensa, más el público le regala los oídos con peladillas del arroyo del diccionario, cosa nunca vista ni oída en una Sala de justicia en España.

Preciso era que informase Rojo Arias para que se produjesen tumultos y resonasen en el templo de la ley palabras del calibre siguiente:— El calumniador es el Sr. Rojo Arias. ¡Miserable! ¡miserable! (Ballesteros).—Nos vamos, porque oír á ese letrado nos produce náuseas (Ballesteros).—¡Fuera! ¡Fuera! (El público masculino y femenino).—¡Canalla! ¡Canalla! (El público femenino y masculino).

De los Borbones escribió un colega de Rojo, como Rojo hoy adulador de los Borbones: *Castigo justo á su perversidad*. Una pequeña variante puede hacer la sentencia aplicable á la caída del defensor de Varela; al verle á tal punto zarrandeado, puede y debe decirse de él: castigo justo á su procacidad.

Y hasta de este Rojo que han puesto verde. Y volvamos al otro verde, á quien pusieron rojo, quiero decir á Jeremías, que no menos de veintitrés años nos dice en el capítulo XXV que estuvo sirviendo de intérprete al alto y poderoso Jehsvá, sin que el aperreado oficio produjese bien alguno á sus conciudadanos, acarreándole á él en cambio muchas desazones.

Jehová, fino y atento con su profeta, le ofrece en sueños una copa (y digo en sueños, porque no me propaso á creer que Dios se entretuviese real y verdaderamente en achispar á Jeremías), la cual le aconseja dar á beber á todos los predestinados á perder la corona, que son una porrillada de reyes. Véase la tarifa:

- 1.º El rey de Judá.
- 2.º El rey de Egipto.
- 3.º El rey de Ausitis.
- 4.º El rey de los filisteos.
- 5.º El rey de Tiro.
- 6.º El rey de Sidon.

Por fin, treinta ó carenta monarcas, á quienes se traga Nabucodonosor, simpática criatura, que bien podía resucitar y darse una vueltecita por Europa, á ver si nos dejaba limpios de cetros su furor antimonárquico.

Ante la perspectiva de que los reyes condenados á destronamiento no quisieran antes un cuerno! beber la copa, Jehová, Dios prevenido, les corta la retirada en estos términos:

«Y dirás: esto dice el Señor de los ejércitos, »el Dios de Israel: Bebed, y embriagáos, y vomitad; y caed, y no os levantéis por causa de »de la espada, que yo enviaré contra vosotros.— »Y cuando no quisieren coger la copa de tu »mano para beber, les dirás: Esto dice el Señor; »ciertamente lo beberéis.»

Prueba concluyente de que estos reyes eran unos reyes de tres al cuarto, y además, esto de la copa, pura figura retórica, es que, si Jere-

mías hubiese tenido que ir de corte en corte de la treintena de monarquías llamadas á desaparición, ofreciéndoles de beber á los zanguangos coronados que las regían, algunos de los cuales pudieran muy bien ser *aguados*, para esa tonta peregrinación hubiese necesitado todo su tiempo, y las profecías se hubieran podido cumplir, pero no anunciarse, ni menos escribirse.

Ahí es nada lo de el ojo, el tener que recorrer treinta reinos conocidos, distantes muchas leguas unos de otros, y además, á modo de *chorráa* de la excursión, visitar la incógnita gentecilla á que se refiere el versículo siguiente:

«También á todos los reyes del Norte, los de »cerca y los de lejos, á cada uno contra su hermano; y á todos lo reinos de la tierra, que están »en su superficie; y el rey de Sesach beberá después de ellos.»

Después de esta profecía, que lleva la fecha del año IV del reinado de Joaquín, viene otra que tuvo lugar *en el principio del reinado* del mismo, en la cual se puede aprender, después de admirar el orden cronológico del Espíritu Santo, que el oficio de profeta era muy expuesto á quiebras.

Encarga, en efecto, Dios á Jeremías que profetice á sus paisanos que, si no se arrepienten, condición previa de Jehová para arrepentirse á su vez, Jerusalen será arrasada y entregada al menosprecio de todas las naciones de la tierra.

Esta profecía supo á cuerno quemado á los judíos, y por sí ó por no, prendieron al profeta, para que comenzase por sufrir las calamidades que anunciaba. Llevado á la cárcel, los sacerdotes y los profetas, maestros en las malas artes de la mentira, alborotan al pueblo contra Jeremías, y el pueblo se presenta en la puerta de la prisión, gritando: ¡Muera, muera! ¡Arrastrarle, arrastrarle! Parecía aquello un traslado de Varela de la Cárcel Modelo á las Salesas. Y Jere-

mías lo hubiese pasado tan mal como Varela, de haber continuado las traslaciones de este *marquesito*, sin la oportuna intervención de un tal Ahican, que le sacó de apuros definitivamente, tras un juicio de residencia en que le defendió contra los sacerdotes y principes, con muchísima más elocuencia que Rojo al supradicho Varela, y también por muchísimo menos dinero.

Jeremías en su furor profético dice una vez más en el capítulo XXVII que los caldeos sujetarán, no sólo la Judea, sino muchas otras provincias, y en confirmación de su tesis, por orden de Jehová se hace unas bonitas cadenas, que se pone al cuello, en unión de unos cordeles y alguna cebilla de madera curvada, de esas que sirven para sujetar los bueyes al pesebre. Adornado con esta elegante y rica bisutería profética, pronuncia discursos á Rojo Arias, llamando á las gentes, no á defenderse contra Nabucodonosor, sino á resignarse con la voluntad del Altísimo, que les tenía condenados á hambre y palos por el día, y azotes y vigilia por las noches.

La cobardía pone en boca del profeta en este capítulo palabras dignas de aquel conde D. Julián, padre de la Cava, la que perdió á España, según los historiadores católicos de la Academia, de que no discrepa punto ni coma el perinquito Comelerán, ese joven de la Unión.

Dice al rey Sedecías: «Someted vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia, y servidle á »él y á su pueblo, y viviréis.»

Pero no todos los profetas daban al pueblo judío tan cobardes y serviles consejos. Hananías, profeta de Gabaón, en juicio público contradictorio con Jeremías, profeta de Anatot, dice que Nabucodonosor será rechazado, si se le combate con valor y disciplina. En un arranque de viril elocuencia, Hananías se dirige contra su colega, le arranca del cuello las cadenas y cebillas con

que se adornaba, predicando esclavitud con los instrumentos de la servidumbre, y quebrándolas en presencia del pueblo, grita: «Así como se quiebran estos yugos, sera quebrado el yugo de Nabucodonosor.»

Jeremias se retira vencido, pero profetizando que Hananías moriría pronto. Y desgracia del pueblo fué que tan enérgico Profeta desapareciese, en efecto, á los pocos meses.

Ahora, dime, lector amable: ¿pueden pasar estos profetas falsos ó verdaderos, que se disputan el favor público en discursos fogosos, por otra cosa que políticos más ó menos avisados y valientes, que procuran dirigir su patria en una dirección determinada por sus distintas maneras de apreciar la situación?

Era moda hablar teológicamente en aquellos tiempos en Judea, y en estos negocios políticos los oradores metían á la divinidad. Ahora el político que pone á Dios de por medio, puede contar con una silba segura. A otros tiempos otros estilos. Y esto es todo.

Y basta por hoy, que me voy á la sesión del juicio oral, á estudiar la cara del fiscal que ha pedido la pena de muerte para Dolores Avila: me han dicho que es un discípulo del famoso padre Lacordaire, y deseo averiguar, si por acaso, en esto del crimen de la calle de Fuencarral, todo misterios y todo embolismos, anda de por medio la influencia clerical.

¡Que todo pudiera ser!

Desde que Higinia Balaguer me resultó una buena católica, que oye misa los domingos y fiestas de guardar, confiesa y comulga por Pascua Florida, olor á barraganía eclesiástica me ha dado en la nariz.

#### CLVII

No porque lo cuente Jeremias, sino porque ya tenemos anotados los cuentos que de ello otros

escribieron, sabemos que los caldeos tomaron á Jerusalem y se llevaron prisioneros á Babilonia lo más florido de sus habitantes, con el rey y los sacerdotes á la cabeza, y además las riquezas del famoso templo de Salomón.

Advierto ésto para que el lector del capítulo XXIX entienda, que la carta que le constituye, escrita por Jeremias, que fué uno de los que se quedaron, á todos los que se fueron, dice bien poco en honor del patriotismo del profeta, que se reducía á puro viento de palabras; pues digo yo que, de ser hombre valeroso, hubiera caído en las primeras filas, ó si no, hecho prisionero con las armas en la mano, y de ser peligroso no hubiese sido exceptuado de la deportación.

Esta carta, sin nobleza alguna, se encamina á persuadir á los expatriados á que se resignen con su mala suerte, la lleven del mejor modo que puedan, y esperen á que se le pase la rabieta á Jehová, el cual había resuelto *estar de morro* con ellos setenta años justos y cabales. Al mismo tiempo anuncia que la suerte de los que se han quedado en Judea, que parecen los favorecidos, será aun peor que la de los trasmigrados, pues Jehová dice de éstos:

«Y los perseguiré con espada, y con hambre, »y con pestilencia: y los entregaré á todos los »reinos de la tierra, para mal tratamiento y para »maldición, y para pasmo, y para silbo, y para oprobio á todas las gentes, adonde ya los eché fuera.»

Como se ve, los llevados y los guardados debían igualmente sufrir la inquina celestial y la humana, pues el odio á los judíos se pierde en la obscuridad de los tiempos, según la frase cursi de un académico cursi también.

En esta carta hallo esta frasecilla, que no tiene nada de académica:

«Póngate el Señor como á Sedecias, y como á Achab, á los que frió el rey de Babilonia con fuego.» ¡Vaya una maldición!

No sé quiénes fueran este Achab y este Sede-cías; lo que sé es que estos caprichos de tostar ó asar á fuego lento las personas, era una de las más entretenidas diversiones de Nabucodonosor en la antigüedad y del fraile Torquemada en los tiempos modernos.

¡Mala peste sobre ambos, y cómo en el Infierno, donde han de estar forzosamente, los tostarán á ellos los demonios, en justa revancha á sus freidurías de antaño!

Las notas anteriores habrán convencido al lector de que la *Profecía de Isaías* carece de novedad, y que toda ella se reduce á la repetición indigesta de que los caldeos vendrían y molerían á palos á los hebreos, en justo castigo á sus pinchamientos teológicos con los cananeos, y que después los llevarían cautivos á Babilonia, y después de setenta años, Jehová, cambiando, no de humor, pero sí de costillas, enderezaría el apealeamiento contra Babilonia.

Esto puede comentarse una vez, y dos, y tres, y hasta cuatro, y haciendo un esfuerzo de longanimidad anotativa la quinta; pero ni Cristo pasó de la Cruz, ni es cosa de que yo siga paso á paso tanta necedad. Así diré, abreviando, que en el capítulo XXX Jeremías dice que le mandó Dios juntar en un libro todos los disparates proféticos que llevaba publicados. En el capítulo XXXI vuelve á la carga, profetizando que israelitas y judíos, ó lo que es lo mismo, los de Jerusalen y Samaria, se volverían á juntar en un sólo reino, y que la tribu de Efraim, que tanto tiempo había campado por sus respetos en el monte, se uniría á los del llano y todos hechos una piña constituirían un reino para cuando viniéramos el Mesías. Como Jeremías no barruntaba á los romanos, nada dice de que la patria sólo sería unida para que con más facilidad se la comieran de un bocado los legionarios de Pompeyo. En cambio lo del Mesías aparece clarísimo: no hay más que leerlo

y todo el mundo lo entiende. Véase el versículo en que el embrollo más cumplidamente se contiene:

«Hasta cuándo estarás desmadejada por las »delicias, hija vagamunda? Pues el Señor ha »criado una cosa nueva sobre la tierra; una hembra rodeará al varón.»

Advierto que estas palabras *una hembra rodeará al varón*, que son precisamente aquellas á que no les encuentro sentido, ni alumbrándome con un candel, las trae la edición católica de la *Biblia* que tengo delante, escritas con mayúsculas, para que todo el mundo las entienda.

Con una palada de cal y otra de arena se hace el mortero; las profecías se fabricaban de una manera semejante, mezclando los disparates con tal cual verdad de á folio. Pongo por caso. Profetiza Jeremías, inmediatamente después de lo de la hembra que rodeará al varón, que llegará día en que sucederá lo siguiente:

«Y no enseñará en adelante hombre á su prójimo, y hombre á su hermano, diciendo: Conoce »al Señor; porque todos me conocerán desde el »más pequeño de ellos hasta el mayor, dice el »Señor.» Y un poquito más atrás, discurriendo de la misma recta manera, deja dicho: «Pondré »mi ley en las entrañas de ellos, y la escribiré en »sus corazones; y yo seré su Dios y ellos serán »mi pueblo.»

Estos *ellos*, somos nosotros, los librepensadores, y este Dios, que escribe su ley en las entrañas y corazones, es nuestro Dios. Por esto, como llevamos la ley de Dios escrita en el corazón, no reímos de la *Biblia*, que es un mamotreto indigesto de leyes de hombres; y cuando algún presbítero se atreve á echársela de plancheta delante de nosotros, presumiendo de que sin su intervención y permiso administrativo no podemos conocer la ley de Dios y cumplirla, le enviamos de paseo por la primera vez, á la segunda le llama-

mos al orden de que no nos tme los dineros, y si insiste, nos le quitamos de delante por el procedimiento más rápido posible.

¡Estaría de ver que después de habernos enseñado un profeta del tupé de Jeremías, que ya no necesitamos intérpretes, medianeros ni corredores para entender la ley de Dios, consintiéramos que ningún tunante viviese á costa nuestra, á título de administrador de lo que Dios ha puesto en nuestros corazones!

Cuando más apretada tenían los caldeos á Jerusalem, Jeremías se entretiene en formalizar la escritura de compra de un campillo á un primo suyo. ¡Mejor le estaría, dirá quizá el lector, pelear contra los sitiadores, que andar requiriendo á los escribanos! ¡Lo propio digo yo; pero el pillín de Jeremías, al comprar el campo, lo hacía para dar testimonio de que la ciudad, después de tomada y destruída, volvería á reconstruirse y ser habitada! ¡Consuelo de pobres, dicen en mi pueblo, andar á pedir! Pero como todo ésto lo hacía por orden de Jehová, en vez de lamentarse del mal presente, el profeta se deleita con las bienandanzas que tendrán... no sus tataranietos (porque ya he anotado que era un Castelar con relación á la hembra), sino los tataranietos de los demás. Repito: consuelo de pobres andar á pedir.

*Capítulo XXXIII.*—Repetición de la promesa de que Jerusalem será reedificada: repetición del anuncio del Mesías: repetición de que los judíos son una canalla insoportable. Todo ésto lo repite Jeremías desde la cárcel, adonde sus intemperancias proféticas le habían llevado.

*Capítulo XXXIV.*—Otro entretenimiento de Jeremías durante el sitio de Jerusalem, fué presentarse al rey Sedecías y endilgarle una profecía, para manifestarle que Nabucodonosor tomaría é incendiaría la ciudad; pero que el rey moriría tranquilamente en su cama, aunque allá en

Babilonia. El rey no dijo ni oste ni moste al profeta: se echaría esta cuenta: del mal el menos.

Anda por ahí alborotando tontos un cardenal Lavigiere que se ha metido á última hora á redimir esclavos á todaprisa, con permiso de León XIII. A tal punto y coma ha llevado su fervorosa propaganda, que ha logrado convencer á los neos y conservadores de España para que formen una Sociedad antiesclavista bajo la presidencia de Cánovas. Luego que estos dignísimos católicos, después de haberse opuesto con todas sus fuerzas á la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico cuando la pedíamos á voz en cuello los librepensadores, se han visto por nuestra energía desposeídos de sus esclavos de las Antillas, han caído en la cuenta de que Cristo vino hace diez y nueve siglos á redimir á los siervos, y á la voz de la Iglesia se han levantado para redimir los esclavos... de los demás, allá en el Congo y Mozambique. Admiramos su noble espíritu cristiano y en tanto que ellos y el cardenal Lavigiere hacen el oso, deseando que el Madhi abolga la esclavitud, pidamos al cielo que los protestantes ingleses deslomen á tal bárbaro teológico; que será el camino más derecho para la emancipación en el Sudán; pues si hasta que allí lleguen las censuras del Papa contra la esclavitud hemos de esperar, para siglos hay... eunucos, que es la planta que con más esmero cultivan los esclavistas para sus mercados y la Iglesia para sus capillas.

Dirá el lector, ¿y á qué viene esta digresión *lavigiera*? Contesto que jamás mi pluma se desvió del camino de la descatoización ni habló de cosas que no hagan relación al texto que comento.

Sedecías, viéndose tan en aperturas como le puso Nabucodonosor, publicó un proyecto de abolición de la esclavitud, que mientras los judíos se vieron tan con el agua al cuello como se ven

ahora los católicos de la propaganda Lavigerie, se cumplió honradamente. Mas desaparecido el miedo, los poseedores de esclavos reclamaron su propiedad y echaron mano de los libertos. Alborotóse Jeremías y tronó proféticamente contra la canalla que trataba al hombre como animal; pero sus palabras se perdieron en el vacío, como se pierden las de Cánovas y compinches *abolidores*, que serían muy hombres, si pudieran, que no podrán, para volver á introducir coolies en Cuba. ¡Buena sangre tienen!

## CLVIII

Había entre los hebreos una taifa llamada de los Rechabitas, que desde los tiempos de su tatarabuelo Jonadáb, ya por disposición de este caballero, enemigo furibundo de Noé, tenía declarada guerra al vino, quiero decir, que los tales Rechabitas eran lo que llamamos en castellano *aguados*, aunque quizá se pudieran llamar más propiamente *aguachinados*. Los Rechabitas, que eran pastores, bien porque no lo tuviesen ó porque realmente le hiciesen ascos, no bebían jamás vino.

A estos correigionarios pretéritos de los ingleses presentes de la *Sociedad de Templanza*, endilga Jeremías sus profecías del capítulo XXXV, metiéndolos de rondón en uno de los gazofilacios del templo de Salomón, gazofilacios que venían á ser cosa así como las capillas particulares de nuestra iglesia. Cuando allí los tiene congregados, preséntales doradas copas de espumosos vinos, invitándoles á emborracharse. Pero los Rechabitas, fieles á sus acuosas aficiones, le dicen: *vade retro* Jeremías.

«Hemos obedecido á la voz de Jonadáb, hijo de Rechab, nuestro padre, en todas las cosas que nos mandó, de no beber vino en todos nuestros días nosotros y nuestras mujeres, nuestros hijos é hijas. Y de no edificar casas

»para habitar: y no hemos tenido viña, ni campo, ni sementera. Sino que hemos habitado en tiendas y hemos sido obedientes...»

Jeremías, que topa con tan berroqueña virtud y tan pastoril entereza, se vuelve loco de alegría, y convirtiéndola en substancia de una comparación retórica y teológica á la vez, revuelve profecía en ristre contra los de Jerusalem, echándoles en rostro su abandono de las antiguas costumbres y su desprecio á las órdenes y leyes de Moisés, manifestando que por esto Jerusalem será destruida y su pueblo llevado cautivo, en tanto que por lo otro, quiero decir lo del *aguachinamiento*, nadie se meterá con los Rechabitas.

Yo no dudo que así sucediera, porque maldito el interés que ni Nabucodonosor, ni nadie, podía tener en conquistar una gente que jamás había habitado en casas, ni sabía sembrar, ni podar las viñas. ¡Tendría que ver la facha de semejante familia! ¡Y sobre todo tendrían que ver sus camisas, en caso que las gastasen, que lo dudo!

Y digo esto, porque aun rebuscándolo con detenimiento en nuestra historia, no he podido averiguar que los varios conquistadores de España conquistasen nunca á los pastores que discurren por las breñas de las montañas de León. Conquistaron á sus amos y disfrutaron los rendimientos del ganado. ¡Esto es todo!

Advirtiéndome una vez más que esta *Profecía de Jeremías*, parece un periódico demagógico mal encuadernado, en lo que se refiere al orden de colocación de los números con relación á sus fechas, paso á decir que, después del cuento de los Rechabitas, Jeremías cuenta que el año IV del reinado de Joaquin, recibió orden del Altísimo para que Baruch le escribiese en un libro todo lo que llevaba disparatado. La razón que Jehová le dió para ordenarle esta recopilación, es de puro oro teológico, quiero decir de la hojalata siguiente:

«POR SI ACASO oyen do la casa de Jacob todos los males que yo pienso hacerles, se vuelve »cada uno de su pésimo camino, etc.»

Este *por si acaso* de Dios onnisciente vale por toda la iglesia católica junta, desde el Papa de Roma al monaguillo de mi pueblo, que es un chico con paperas y sabañones, anti rechabita de pura raza.

E hizo muy bien Dios en dejar la cosa en este sentido dubitativo. ¡Conocía á su gente! Que, habiendo oído leer á Baruch en un gazofilacio el libro; se alborotó y se fué con el cuento al consejo, que á su vez se alborotó también y dando á Baruch el buen aviso de huir con Jeremías, llevó el cuento al rey en persona, el cual oído que hubo la lectura del libro, le cogió y arrojó al fuego de un brasero, dando elocuente muestra de su enjundia de inquisidor é indicio de lo que hubiese hecho con Jeremías de tenerle al alcance de sus uñas reales.

Mandó prender, pero *no fué habido*; lo que me prueba que la policía de Joaquín no tenía nada que envidiar á nuestra policía alfonsina.

Jeremías que supo cómo Joaquín había tratado su obra—digo mal, la obra de Dios, puesto que á cuenta de Dios había sido escrita—se encrespó contra el monarca, mandó á Baruch escribir de nuevo sus profecías y anunció á Joaquín una porrillada de calamidades, entre ellas la de que su cadáver había de ser arrojado al bochorno del día y al hielo de la noche, con lo cual pienso que quiere dar á entender que no habría de ser sepultado; pues lo que es al calor del día y al frío de la noche, todos los cadáveres, así régios como democráticos, supongo yo que han de verse sometidos.

Dando un salto cronológico, nos cuenta Jeremías, en el capítulo XXXVII, los apuros en que se vió en tiempos del rey Sedecías, hechura judía del caldeo Nabucodonosor.

El rey quiere consultar con el profeta, y le manda á llamar, pero Jeremías no se presenta, enviando la profecía por los mensajeros. Esta se reduce á anunciar al rey que los egipcios, que cayendo sobre Judea habían obligado á los caldeos á levantar el sitio de Jerusalem, no tomarían la ciudad, porque esta hazaña la tenía Dios guardada para los babilonios que, huidos los egipcios volverían sobre ella y la arrasarian.

Huyendo quizá de la chamusquina, Jeremías intenta salir de Jerusalem para recorrer la tierra de Benjamín; pero le achacan que se escapa á unirse con los caldeos, y, aunque protesta con energía, le ponen preso, y lo que es más afrentoso, por orden de los príncipes le dan una mano de azotes que el pobre profeta sacó de ella las nalgas hechas una pura lástima. Arropémosle á toda prisa, en gracia al pudor profético, y digamos corriendo que el rey mandó inmediatamente sacarle del calabozo en que, una vez bien azotado, le encerraron, preguntándole con ansiedad si era cierto, ó cosa de broma, todo lo que tenía profetizado.

—No lo dudes ¡oh rey! replicó Jeremías con firmeza, llevándose las dos manos á las dos acardenaladas nalgas;—no lo dudes: *en manos del rey de Babilonia serás entregado.*

Cualquiera pensará que Sedecías le mandaría ahorcar. Nada de eso.

«Mandó que fuese puesto Jeremías en el atrio »de la cárcel y que le diesen una torta de pan »cada día, además de la vianda, hasta que se »gastasen todos los panes de la ciudad; y permaneció Jeremías en el atrio de la cárcel.»

Esto de poner á un judío en el atrio de la cárcel, declaro honradamente que no sé si era estar preso ó en libertad. Puede que fuese mixto de canario y jilguero, quiero decir, que estuviese libre á las resultas de la causa.

Sea de ello lo que quiera, el caso fué que hasta

en el atrio profetizó desastres y calamidades, sacando con sus palabras de quicio á los príncipes de la Sinagoga, que arreciando en ira, reclamaron del rey á Jeremías para hacer salchichas de su lengua alborotadora.

El rey, en virtud del viejo y nefando contubernio del trono con el altar, del cetro con el báculo y de la corona con la mitra, entregó á Jeremías en manos de aquellas furias eclesiásticas, que le tiraron á un pozo para que en su fondo se muriera de hambre y de rabia: ¡De tan antiguo data la ferocidad de los sacerdotes hasta para con los de su familia!

Existía entonces un pobre eunuco etiope, que sabiendo la canallada cometida por los príncipes contra Jeremías, habló al rey en favr de éste, y consiguió su perdón, yendo á sacarle del pozo.

En prueba de que este etiope valia por todos los sacerdotes judíos juntos, copio:

«Así Abdemelech, tomando consigo los hombres, entró en la casa del rey, que estaba debajo de la despensa, y tomó de allí unos paños viejos y ropas antiguas que se habían empodrecido, y las echó abajo á Jeremías, con cordeles, en el lago. Y dijo Abdemelech etiope á Jeremías: «pon los paños viejos y esos retazos empodrecidos debajo del codo de tus manos y sobre los cordeles. Y Jeremías así lo hizo. Y tiraron de Jeremías con los cordeles y le sacaron del lago.»

Admiremos al caritativo eunuco etiope; pero que nuestra admiración no nos impida reír á mandíbula batiente de la situación ridícula en que se complace Jehová en poner, ó dejar que ponga, á sus profetas. Tendría que ver y oler la cara del revelador al salir de un pozo de cieno, subido con unos cordeles y entrapajado.

¡Ay, profecía, pudo decir el pobre hombre; ay profecía, cómo me has puesto!

## CLIX

Tan pronto como á Jeremías le sacaron del pozo de cieno, ya le tenemos otra vez profetizando; genio y figura hasta la sepultura.

Mándale á llamar el rey Sedecias y le dice que le declare la verdad sobre la suerte que le espera. *¡Si yo te la anunciare, por ventura no me mataras?*—le contesta el profeta, á quien, como se ve, los azotes y la puerca aventura del pozo habían vuelto cauto. Prométele Sedecias seguro sobre su palabra real, y entonces Jeremías, bajo la forma obligada de profecía, le aconseja que capitule con los caldeos, pues de resistirlos es segura su muerte y la ruina de la ciudad.

Sedecias le manda guardar secreto este trato, que á ambos hubiera costado la vida de conocerle el pueblo, y le envía á la cárcel, donde Jeremías estuvo hasta el día terrible en que Nabuzardán tomó á sangre y fuego la desventurada Jerusalem.

Este asalto y destrucción es una de las más lúgubres escenas de la historia hebrea. Pero... no me meteré en descripciones que no hacen á mi propósito. Diré llanamente que Sedecias, abriéndose con unos pocos paso, huyó de noche al desierto, donde Nabuzardán le siguió, alcanzándole y haciéndole prisionero en Jericó. De aquí le llevaron á Reblata, donde estaba Nabucodonosor en persona. Mejor debería decir *en fiera*, porque sólo una fiera es capaz de hacer lo siguiente:

*Y el rey de Babilonia mató en Reblata á los hijos de Sedecias delante de sus ojos, y á todos los nobles de Judá los mató el rey de Babilonia.*

*Asimismo sacó las ojos á Sedecias y lo aprisionó con grillos para que fuese llevado á Babilonia.*

Jehová en las alturas, al ver lo admirablemente que ejecutaba sus decretos el bárbaro y despiadado Nabucodonosor, debió respirar fuerte aquel día y decir para su coletó:

—Muchas me hicieron vuestros padres; pero la que yo os hago á vosotros vale por todas.

El babilonio, que tan feroz fué con el rey, trató con mucho mimo al profeta. Se le recomendó muy especialmente á Nabuzardán, y éste cumpliendo el regio encargo, se le entregó libre y recomendado á Godolias, un judío, hijo de Ahican, á quien los caldeos dejaron el encargo de gobernar á ojo de buen cubero á los miseros residuos del pueblo hebreo que habian quedado de la matanza, del incendio, del hambre y de la transigración á Babilonia.

No considero irreverencia suponer que este Godolias, y los que con él quedaron gobernando la Judea desde Masfa, debieron ser unos cobardes, cuando no unos traidores. Los cuales no fueron tres ni cuatrocientos, sino muchos miles y miles de hombres; pues eso de que la transigración despobló la tierra, sólo pueden concebir los católicos. Esas cosas nunca pasan como ellos suponen. Lo que pasa es aquello de *bien venga mal, si vienes solo*.

Porque un Ismael, barruntando que á un cobarde como Godolias sería fácil desbalijarle, vino sobre Masfá y mató al infeliz gobernador, llevándose prisionera toda la gente que hubo á mano, con la cual salió para su tierra. Pero como su villana conducta sobreexcitase el patriotismo de algunos pocos judíos, bajo la conducta de un tal Johanán, sale contra él; Ismael, cobarde como todos los ladrones á trasmano, huye, abandonando su presa.

Los desdichados prisioneros, al verse libres, huyendo de más chamusquinas, se van á Belén, determinados á pasar á Egipto.

Y aquí de la profecía.

Consultan con Jeremías el caso, y éste, oficiando de cumplido profeta, se retira para escuchar con más claridad lo que le dijese Jehová.

Diez días, diez mortales días tardó el Altísimo

en responder á Jeremías, mas no se puede decir de él aquello de tardar y parir hija, pues lo que parió fué un rifle americano, con que dijo estar dirpuesto á no dejar vivo á ninguno que pasase á Egipto. Así lo comunicó el profeta á Jonahan.

—Mientes, mientes, mientes—exclamaron los jefes todos dirigiéndose á Jeremías.—No es Dios el que te ha hablado, sino Baruch el que te incita contra nosotros para que bajemos la cabeza al yugo de Nabucodonosor. Y, haciendo tanto caso de la revelación como de las coplas de Calainos, se largaron á Egipto, llevándose á Jeremías, y no pararon hasta Tafnis.

Decía D. Juan Tenorio, que santa gloria goza, según la más pura y aquilatada doctrina católica, en tanto que el buen Comendador se requema en los infiernos, que donde quiera que el iba, iba el escándalo con él. A donde quiera que iba Jeremías, iba con él la revelación, que formaba parte integrante de su idiosincracia mística. Llegar á Tafnis y empezar á profetizar, fué todo una misma cosa, haciéndose eco de los furibundos apóstrofes que el Dios de los judíos lanzaba contra la caterva de Dioses, más ó menos cor-núpetos, de la mitología egipcia.

Y una cosa debo honradamente declarar, y es que si alguna vez tuvo razón Jeremías—ó seáse Jehová—para indignarse, fué en esta ocasión. Pues los judíos, hallando más bonito y divertido el culto de los egipcios al Sol, á la Luna, á la Via Láctea, á las Cabrillas, al buey Apis y al carnero Ammon, que su culto severo y tonto á Jehová, empezaron á picarse de la idolatría en moda á las orillas del Nilo, echando cada baile y tomando cada jumera en las romerías á los diversos templos de Menfis y Magdalo, que ni las jumeras y zortzicos que se echan al cuerpo nuestros integros actualmente en sus peregrinaciones á Guadalupe, Lezo y otros andurriales carlistas.

Jeremías truena, relampaguea y graniza so-

bre tamañas abominaciones. No se han hecho tantas espadas en Toledo durante el último quinquenio, como promete Jehová que ha de descargar de corte y de punta sobre las espaldas y posaderas de tan ruines hijos suyos, como eran aquellos que se postraban ante un dios cornudo ó una diosa con pico de gavián.

La señal cierta de que esto había de suceder fué una calamidad que el profeta anuncia que le había de venir á Efres, Faraón egipcio á quien dió catite, como á Sedecías, Nabucodonosor, rey de Babilonia, gran cirujano estirpador de testas coronadas, una especie de Marat oriental, anterior á la invención del sistema parlamentario.

Nada menos que dieciocho años atrás, dando un salto, á modo de aquel que reza la coplilla.

De Cádiz al Puerto  
un salto pegué,  
tan sólo por verte  
la punta del pie.

debemos saltar ahora, para enterarnos de que Jeremías le dijo á Baruch, su cofrade y amanuense, cuando aquello del libro que quemó el rey Joaquín, todo el mal que sobre Jerusalem había de venir, y vino.

Este capítulo, vacío de doctrina y ruín de dimensiones, es uno de esos pegotes burdos y deshilachados que afean las más bellas obras literarias, y prueba que esta *Profecía* que comento es una recopilación mal cortada y peor cosida.

Tras él viene el XLVI, en que especifica Jeremías la catástrofe que deja apuntada atrás sobre el faraón de Egipto. Para mi gusto esta página es la más brillante y correcta de Jeremías, literariamente hablando, remontando en ella el profeta hebreo el vuelo á donde le remontan las águilas de los Alpes y los condores de los Andes. Pero la teología sale en ella muy mal librada, pues nos presenta á Jehová apovando á Nabucodonosor, un pagano, contra Feres, otro pagano,

que se disputan quién ha de apalea al pueblo elegido, á los fieles, aunque un poquito heréticos hebreos, huídos á Egipto. Para quienes Jeremías, á pesar de su enfurruñamiento, tiene esta palabra de consuelo y esperanza:

«Y tú no temas, siervo mio, Jacob, dice el Señor; porque contigo estoy yo; pues yo consumiré á todas las gentes á que te habré desterrado...»

Esta consumición, Señor, podrían haberle los interesados contestado, esta consumición, no hubiera sido malo que la decretáseis un poco antes. ¡Malas palizas y pocos apuros que nos hubiéseis, Señor, ahorrado!

Que los Filisteos serán hechos gigote; que Tiro será hecha papilla; que Sidón será destruída; que Gaza será arruinada; que Ascalón será desolada; que los Moabitas serán zarandeados; que los Idumeos serán baqueteados; que Damasco será incendiada; que los Cedarenos serán esparramados; que el reino de Asor será talado, y que Elam será aventada.

He aquí las *nimiedades* que en los capítulos XLVII, XLVIII y XLIX de su *Profecía* anuncia Jeremías, que servirán de entretenimiento al alto Jehová por espacio de algunos años, interin los judíos, ya en Babilonia, ya en Egipto, ya en tierras más apartadas, ya en la misma Judea, gobernada por extraños, esperaban, entre palos y azotes, azotes y palos, la hora prefijada de la vuelta del cautiverio y restauración del templo de Salomón.

El *menú* ciertamente aterra, porque deja entrever un Saturno, ocupado en devorar á sus hijos; pero afortunadamente *Reclus*, en su *Geografía Universal*, describiéndonos las poblaciones de estas comarcas, condenadas á destrucción y ruina, viene á sacarnos el susto del cuerpo, y nos trae á los labios aquellos sabidos versos:

Los muertos que vos matásteis  
Gozan de buena salud...

Frases célebres de estas barrabasadas: *Y au-  
llarán todos los habitantes de la tierra.* Capí-  
tulo XLVII, versículo II. Aquí del comienzo del  
*Hombre que ríe* de Victor Hugo; «Lupus» *eté un*  
*homme et «Homo» eté un un loup.*

*Galvez vino sobre Gaza.* Versículo V. Una  
ciudad tenéis aquí de poco pelo.

¡*Ay de Nabo!* Capítulo XLVIII, versículo I.  
No hay que alarmarse: este Nabo no es una hor-  
taliza, es una ciudad. *Maldito el que hace la*  
*obra del Señor fraudulentamente.* Versículo X.  
¡Ojo, presbíteros, con tener corrientes las li-  
cencias!

*Por tanto, mi corazón resonará á Moab como*  
*flautas; y mi corazón dará sonido de flautas,*  
versículo XXXVI. Esta es una moda nueva.  
Hasta ahora eso de sonar como flauta, se había  
dicho de las tripas mal alimentadas.

Por manera, y para terminar por hoy: cuando  
el hambre ó una mala digestión os traigan la ba-  
rriega alborotada, decid conmigo, ¡oh, eredulitos  
hebraizantes y teológicos!: «Tengo las tripas  
como el corazón de Jeremías cuando profetizaba  
contra Moab.»

## CLX

Desde que á Jeremías se le puso *el corazón*  
*como una flauta* profetizando contra Moab, el  
pobre hombre dió un bajonazo tremendo, no que-  
dándole espíritu más que para vaticinar en dos  
capítulos, que son el L y el LI, la ruina y des-  
trucción del imperio de los caldeos por los medos  
y persas, y la caída y desaparición de la famosí-  
sima Babilonia.

Aunque la cronología anda tan por los suelos  
en las historias bíblicas, y tan por las alcantaril-  
las en las profecías, fácil me sería hacer reír al  
público á costa de unas *visiones*, en que se deta-  
lla lo que sucede más de setenta años después que  
*honradamente* hay que suponer fueron escritas.

También podría comentar las notas y acotacio-  
nes que á ellas ponen los comentaristas canóni-  
cos, sacando partido de vaguedades y simplezas  
del texto jeremiaco para acusar, con varios siglos  
de anticipación, á los judíos de *deicidas*, al tiem-  
po mismo que Dios les promete misericordia eter-  
na y la restitución á Jerusalem.

Véase el anuncio, que está lleno de poesía:

«En aquellos días y en aquel tiempo (no sé  
cuáles) dice el Señor: vendrán los hijos de Israel,  
ellos y juntamente los hijos de Juda; andando y  
llorando se apresurarán, y buscarán al Señor  
su Dios. Preguntarán el camino para Sión, ha-  
cia acá sus rostros. Vendrán y se agregarán al  
Señor con una eterna alianza, que ningún olvi-  
do borrará.»

Aquí no hay para reír más que á cuenta de los  
teólogos, cuando interpretan lo de la *eterna*  
*alianza*. Todos los hombres de buen gusto lite-  
rario, que sientan en sus corazones el amor de la  
patria, hallarán sublime este pasaje en que un  
vencido de la fuerza bruta, arrebatado de entu-  
siasmo, ve en un porvenir remoto volver del cau-  
tiverio á los hijos de los que con sus ojos vió á  
él llevar, y que olvidados en la miseria de la es-  
clavitud hasta del camino de la ciudad amada,  
tienen que preguntar dónde la hallarán al tran-  
seunte.

Porque, como tengo muchas veces advertido,  
si los teólogos no hubiesen corrompido la *Biblia*,  
obligándola á servir sus concupiscencias, los  
hombres de buen sentido tendrían en ella mucho  
que admirar, pues los que la escribieron *no fue-  
ron ranas*.

¡Qué había de serlo el que, conocida la flaque-  
za íntima de aquel aparatoso imperio caldeo; las  
abominaciones de aquel Gobierno infame, pura-  
mente despótico, en que los hijos cortaban boni-  
tamente la cabeza á sus padres para apresurar  
la herencia de la corona; los devaneos estúpidos